Un viaje a la libertad



COREA | 24 de Marzo

Ana

La campanilla de la puerta de la tienda tintineó, y Ana * levantó la vista para ver a la mujer que ingresaba. Era una dama china que le sonrió y comenzó a conversar de temas tri-viales con ella mientras caminaba por el lugar. La mujer evitó hablar de temas que pudieran causar problemas si alguien informaba lo que estaban hablando a la policía.

Ana y sus padres vivían en Corea del Norte**, cerca de la frontera con China. Ella sabía bien que no podía confiar en nadie. Esa mujer podía ser una espía del Gobierno. A Ana le habían contado historias en secreto de personas que habían sido arrestadas porque alguien las acusó de haber criticado al Gobierno. Aun los familiares ancianos y los vecinos podían ser arrestados. No era seguro confiar en nadie.

Los regalos de la señora Lee

La mujer que visitaba la tienda se presentó como la señora Lee, de China. Siguió conversando alegremente mientras compraba algunas cosas y finalmente se despidió.

La señora Lee regresó varias veces a la tienda. Siempre sonreía y tenía una conversación agradable. Un día sonrió y le señaló una bolsa. Ana miró dentro de la bolsa y vió, asombrada, los finos cosméticos que había dentro, que no se podían conseguir en Corea del Norte. Ana miró a la señora Lee, sin saber qué hacer. ¿Qué hago? ¿Acepto estos regalos?, se preguntaba. ¿Y si es una trampa?

La señora Lee sonrió mientras le pasaba la bolsa a Ana, y entonces se dio vuelta para salir de la tienda.

La oración

Durante sus visitas, la señora Lee a veces le hablaba de Dios. Ana no sabía nada de Dios. Cierto día, la señora Lee le dio a Ana un trozo de papel donde estaba escrito el Padrenuestro. "Comparta esto con su familia", le susurró.

Esa noche, Ana le mostró el papel a su madre, que lo leyó muy interesada. Su madre comenzó a orar siguiendo las palabras que la señora Lee le había dado a Ana y entonces añadió un pedido personal. "Por favor, haz que mi hijo regrese a casa", oró. El hermano de Ana estaba en el ejército, y hacía ocho años que no venía a su hogar.

Un mes después, la madre de Ana respondió a la puerta y halló que allí estaban dos soldados. Por un momento, temió lo peor. Pero entonces se dio cuenta de que uno de los soldados era su hijo. ¡Por fin había regresado al hogar!

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

Ana le contó a la señora Lee lo que había sucedido cuando su madre elevó la oración que la señora Lee le había dado a Ana. La señora Lee sonrió y puso en su mano un pequeño trozo de papel. “Si alguna vez visitas la China, llámame”, le susurró la señora Lee.

La huída

Ana decidió abandonar Corea del Norte. Sabía que las personas que eran atrapadas escapando del país podían ir a prisión o aun sufrir la muerte, pero el deseo de libertad se había arraigado en su corazón para siempre.

Ana había escuchado que los guardias fronterizos a veces aceptan un soborno para dejar pasar a una persona hacia la China.

Cierto día, Ana caminó hasta la frontera entre Corea del Norte y China, y se aproximó a un joven guardia, mientras el corazón le latía con fuerza.

—¿Qué tengo que hacer para cruzar la frontera? —preguntó inocentemente.

El guardia la miró y le contestó:

—Dame cien yuanes chinos (unos quince dólares), y puedes cruzar.

Entonces le dijo el día que tenía que regresar con el dinero.

Ana no le contó a nadie de sus planes, ni siquiera a sus padres. Llegado el día, Ana caminó hasta el guardia, le pagó el dinero y cruzó la frontera China. Allí no se detuvo hasta que hubo caminado varios kilómetros. Entonces extrajo un teléfono celular que la señora Lee le había dado y marcó el número de ella.

Ana se quedó con la señora Chi —una amiga cristiana de la señora Lee— durante varios días. Era peligroso albergar a alguien de Corea del Norte, pero la señora Chi ocultó a Ana mientras le compartía su fe. Ana no sabía nada de Jesús, pero a medida que iba aprendiendo de él entendió que Jesús era Dios. Aceptó entonces a Jesús como su Salvador y siguió aprendiendo más de él con entusiasmo. Pero tenía que seguir su camino. Cada día que pasaba en China sabía que podía ser atrapada y enviada de regreso a la prisión o posiblemente a la muerte.

Un nuevo hogar

Seis meses después de que Ana dejara su país, pudo entrar en Corea del Sur, el país que toda la vida había pensado que era el enemigo. Allí llegó a conocer a la Iglesia Adventista. Ana se regocija en su nueva libertad, libertad de la opresión, y libertad de compartir el amor que siente por Jesús y las demás personas.

Nadie sabe cuántos adventistas viven en Corea del Norte. Pero los miembros de la iglesia en Corea del Sur están orando y preparándose para el día cuando puedan compartir el amor de Dios con sus vecinos del norte. Nuestras ofrendas para la misión contribuyen a capacitar a los creyentes, de manera que puedan compartir el evangelio con los que nunca han conocido a Jesús.

* *No es su nombre real.*
** *República Popular Democrática de Corea*

El desafío

- Corea del Sur se encuentra ubicada en una hermosa península montañosa al sur de la China. La gente del lugar habla coreano.
- En el pasado, Corea del Norte y Corea del Sur eran un solo país. Pero, hace poco más de cincuenta años, una guerra dividió el país en dos. Corea del Norte aún es un país comunista, que desalienta firmemente las prácticas religiosas.
- No se sabe cuántos adventistas viven en Coreo del Norte, pero los cristianos adventistas de Corea del Sur están orando para que Dios les permita compartir su fe con los familiares y los amigos que viven más allá de sus fronteras.

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©